

textos

el presente

grand celebration: Diario de abordo en una excursión escolar
(Para Teresa Calzada, radiante hada madrina que nos hizo llorar de risa)
Ignacio Castro Rey, Madrid, 2 de abril de 2009.

Pones una de tus canciones al subir al coche, *Cloud song*, un precioso tema neoyorquino de 1966. Flotante de cansancio por la convivencia de siete días, liberado también de ella, musitas: Bienvenido a casa. Que conste que uno, como fue evidente, estuvo allí, compartió, cumplió, actuó, trabajó, ayudó. Hice un poco de todo, como el personal del barco. Evité algunos lugares, es cierto, particularmente la discoteca, pero entendíamos que los jóvenes no nos necesitaban a esa hora de la noche. De hecho, cuando nos acercábamos a la barra donde estaban, desaparecían: habían venido allí a estar "suelos". Después, por razones medicinales, uno tiene que hacer su balance, sopesar los matices de mil cosas vistas y oídas, meditar también algunas esquinas extremadamente dudosas. Aunque esto implique hacer un diario que sea "para mayores". Todo esto, disculpen las molestias, con la exageración un poco cruel que caracteriza a mi patología personal. De cualquier modo, escribir un diario de abordo no es nada particular, sólo un modo de defenderse y darle forma a la ambigüedad de lo vivido, que *quema* si no se exterioriza, si no se hace común. Al darle sentido, esa intensidad ya no es sólo privada. Le das forma al accidente que te ha configurado, devuelves al sentir común lo que de la comunidad te ha *tocado*. Igual que cualquier otro trabajo, escribir es darle forma a lo no elegido, explicitar el absoluto singular que es cada uno.

I

Se tiene buena relación con los jóvenes partiendo de la tarima de clase, desde la cultura y el pensamiento. Desde ahí no cuesta ser cómplice, comprensivo, cercano. Otra cosa es entrar en su terreno, compartir con ellos las consignas del consumo. En este sentido, francamente, no las tenía todas conmigo antes de partir. A toro pasado: ¿Qué significó Gran Celebration? La promesa de no tocar jamás un ángulo muerto, de no pasar un momento sin estar *ocupados* por el tiempo reanimado, entretenido, asistido: buffet y comidas, música, espectáculos, clases de baile, jacuzzi, gimnasio, bar, bebidas y compañía... Realmente, costaba un poco estar solo, quedarse en una esquina a leer, esconderse, descansar. Incluso las habitaciones estaban conectadas todo el día a la información meteorológica, al hilo musical... y a la inolvidable "información" de aquel personaje con peluquín que hacía de gran Animador en español chapurreado con acento franco-italiano. Prohibido desconectar del espectáculo, prohibido estar solo. Y pagas por ello. Por cierto, plasmando una frase genial, la empresa contaba hasta el último céntimo: los euros se ahorran solos.

II

En suma, un gran simulacro, a veces un poco cutre, de todo lo que deberías haber soñado. Cócteles exóticos, horizonte marino, espuma, navegación, cientos de personas vistosas. Con un detalle: el 30% de gente mayor, el 60% de jóvenes estudiantes, un 10% de adultos intermedios. ¿Dice algo esta proporción acerca de qué, quién sostiene nuestro consumo espectacular? En la sociedad de los medios, no tenemos término medio. Oscilamos entre la euforia y el abatimiento, el espectáculo y el secreto, la presencia espectacular y la desaparición virtual, las horas extras y el paro. ¿Por qué, porque en el *medio* está la ley de una existencia mortal para la que ya no tenemos palabras? Hemos perdido la fórmula para detenernos. ¿Por eso pocos se asomaban de noche a cubierta para ver el aspecto del

encrespado desierto marino, lo que susurraban las olas? Claro, pobres, ellas no participaban en ningún concurso. El problema es que también algunos de nosotros, algo de nosotros es también pobre, elemental, casi invisible.

III

Después otra cosa curiosa que señaló nuestro acompañante Víctor: las similitudes con la obscenidad de Gran Hermano. El barco es como un aeropuerto, con estrictos controles de entrada y salida que te mantienen medio día encerrado. Grand Celebration, enorme pared blanca con 11 pisos, parece incluso constituido de tal forma que nunca sepas muy bien dónde estás. Desorientado, casi nunca lo dominas. Mientras te pierdes entre salas, escaleras, pasillos y bares, con pocas esquinas sin servicio, puedes seguir consumiendo. En resumen, vivimos encerrados, obligados a una promiscuidad servida por el consumo. Pasando continuas pruebas diarias, empezando por la de salir del barco, celebrando cien cosas y haciéndonos fotos de cada celebración (¡hasta del simulacro de emergencia!), que, por supuesto, la empresa te vende después religiosamente. Todos encantados de haberse conocido, de lo *guapos* que estábamos en esta fiesta perpetua y, por tanto, recibiendo imágenes radiantes continuamente. ¡Somos estrellas! Y además, con una especie de evaluación continua, con sus concursos y sus "nominados". Ya digo, un poco obsceno, un poco dudoso desde el punto de vista educativo. Incluso en la versión *leopardina* de la alta clase Ática, nos rodeaba una vulgaridad que a veces clamaba al cielo. Frente a ese estruendo hortera, apenas había un lugar donde pararse, donde quedarse en blanco y convivir con el silencio. De los pocos espacios de respiro, la cubierta sometida al viento, donde de noche podías deambular en solitario al resplandor de la penumbra marina, la espuma y la luna. Es posible que algunos, contentos de haber pasado la experiencia, dudemos mucho antes de repetirla.

IV

Babel de las lenguas, empresa internacional, tripulación y pasaje multicultural. Es lo que se lleva, pues así parece que flotas y además nadie es responsable concretamente (las hojas de reclamación se perderán vía satélite). De hecho, recordad, costaba reclamarle algo a alguien. Los empleados de elite, casi siempre rubios, parpadeaban inescrutables tras sus pantallas. La estampa balbuceante de los empleados inferiores, el inefable Adebaldo, las amabilísimas (casi serviles) sirvientas filipinas, los indios, hispanos o brasileños que hacen de camareros o chicas de la limpieza, indican que a la empresa no le interesa la calidad ni la claridad en todo lo que sea pequeño y personal. Toda esta infantería de tez oscura vivía sobreexplotada. La blancura de nuestra nave espacial se sostenía en el "trabajo negro" de gente que no paraba en los siete días de la semana, durante ocho meses seguidos, y que además ha de sonreír el día entero y a veces bailar entre las mesas, antes del postre. Así es nuestra sagrada democracia.

V

¿Y nosotros, los cruceristas? Ganado, eso es lo que fuimos a veces en las fauces sonrientes de la empresa, ya antes de aquella penosa escena de la gente hacinada esperando para saldar su deuda y poder salir. Sólo les importaba la gestión masiva, la compleja contabilidad informatizada que siempre se equivoca a favor de la casa. Nuestro barco navegaba en realidad a favor de la crisis, con motores anteriores y posteriores a la actual conmoción, que tanto juego está dando. Flotaba sobre la crisis como medio habitual, con su legión de temores más o menos inducidos. Era sólo "ocio", de acuerdo, pero la forma histérica en que se ocupa el tiempo, el frenesí de la animación (el propio capitán parecía un presentador de variedades) indica que saben la inconsistencia que nos sostiene, más abisal que el fondo insondable de los mares. Por todas partes, el temor al vacío; por todas partes, el griterío de humanidad que no quiere saber nada del misterio de la muerte. La crisis es esta falsa opulencia, esta burbuja artificial, esta corrupción estructural (que tanto preocupa a mi compañero de habitación, Carlos) en la que

vivimos, incluyendo la inescrutable complejidad informática y sus mil agujeros negros. No se ve claramente que podamos salir de todo eso. ¿Por dónde podríamos otra vez tocar tierra, aceptar la naturaleza de los cuerpos?

VI

¿Por dónde, si nos falta el *programa* para lo que no es espectacular, lo que es atrasado, lento, pobre? De hecho, con aquellas carreras rápidas por Pisa, por Montecarlo o por Roma, es dudoso que hayamos pisado otra cosa que la moqueta del barco. El turismo como negocio mundial es un síntoma preocupante de nuestro encierro "global", de nuestra impotencia para la ley de la gravedad. Cuando viajamos a un país exótico o hacemos turismo rural, seguimos con frecuencia caminando por otra alfombra. ¿Qué decir si no de la visita a Túnez? Desembarcamos en el país en masa y nos vuelven a tratar sin escrúpulos; como si dijeran: vale, somos pintorescos y atrasados, nos prostituimos, pero les cobraremos caro. A un desprecio responden con otro. Y la culpa, por supuesto, no es nuestra: el turismo es así. Hubo muchas excepciones encantadoras: el paseo sin guía por Roma, por Florencia, por Pompeya. Y aquel autobús romano que llenamos 90 españoles hablando a la vez: los que esperaban en las paradas se asustaban y nos dejaban seguir, pues sólo los árabes gritan más que nosotros. Fue una excepción también la escapada de Víctor, Carlos y un servidor al Nápoles "profundo", tan distinto a la pulcra Bolonia que nos colonizará desde el Norte. La norma es que las visitas guiadas nos libren de la suciedad del lugar, de su irregularidad, de lo que tenga de peligroso y singular. De marca en marca, el mercado nos guía. Discurrimos por una vida *marcada* por el mercado, sin ojos para el exterior no homologado, lo "raro" y humilde que carece de logo y va quedando en los márgenes. De ahí se derivarán, lo juro, muchos accidentes, no sólo para los débiles de carácter.

VII

Con todo, Grand Celebration permitió un experimento humano singular. Para empezar, estar a bordo relaja muchas reglas. Puedes convivir a diario con esa encantadora comunidad de chicos y chicas entrelazados, cuchicheando siempre, paseando, tomando el sol, riendo, bromeando, bailando. Pero conoces a los demás en las grietas del día... y un día entero tiene muchas grietas. Conocemos a los otros fuera del contexto, cuando los "roles" y las normas terminan. A partir de las 12, cuando la noche comienza (cuando hay "dificultades", se suele decir). Nuestra sociedad está tan normalizada que solamente en los pequeños "estados de excepción" que se abren por accidente, o porque los provocas, puedes intuir quién es quién. Fue bastante curiosa, en este aspecto, la sorpresa de intuir la "auténtica" personalidad, la "otra" personalidad de algunos otros, profesores y alumnos. Lo cual supone un descubrimiento humano gratificante, aunque a veces desconcierte. Es importante para eso actuar bien, plegarse a la circunstancia, con esa alegre hipocresía de estar dentro, siendo de afuera, que las mujeres (que viven tres minutos en uno) hacen tan bien. ¿Qué habríamos hecho en este viaje sin nuestras tres portadoras de la flor-emblema?

VIII

Compruebas también que algunos chicos, desmotivados en los estudios, se defienden muy bien en la vida, eso que asoma cuando las normas se aflojan. Confirmas que a algunos jóvenes a los que les va bien en los estudios, no les va tan bien cuando los compartimentos estancos terminan y el "recreo" comienza. Que algunos chicos, en fin, no les va muy bien ni en los estudios ni en la vida. Aunque tengamos una completa duda acerca de lo que significa que las cosas vayan *bien* (en cualquier caso, tampoco uno está para echar cohetes), daba un poco de pena, de vez en cuando, mirar de soslayo la soledad de algunos, la marginalidad de los raros. Aun poniendo en duda la temible "crueldad" juvenil, impresionaba un poco ver la indefensión, la timidez, la aparente tristeza de algunos. Claro que, insisto, no tengo ni idea de lo que significa "tristeza", no tengo ni idea de si es soledad o no, si es querida o no, si se

trata tal vez de un cómodo retiro voluntario. De todas formas, dentro de nuestro espectáculo diario que lo recicla todo, ¿para cuando un programa que se titule *Mira quién sufre?*

IX

Llama la atención cómo los jóvenes, con pasmosa naturalidad, practican una indiferencia hostil hacia lo "aburrido", lo "lento", lo "raro". Como los mayores, claro, pero sin tapujos, sin el freno de la hipocresía adulta. Y también cómo se mueven en grupo, en manada, dejando todo lo que no interesa al margen. Un simple detalle: incluso cuando caminan solos, lo que les cuesta mirar, pararse, atender, dejar el ombligo que se ha convertido en mundo. Cómo pasan a tu lado, ellas, ellos, con la vista perdida en un punto fijo que no consigues localizar en ningún sitio. I am what I am. Mi perfil, mi blog, mi diario, mi agenda, mis amigos. Mi, mi, mi, mi. Yo-mi-me-conmigo y su agrupamiento en bandas está creando más y más fantasmas en el terreno de nadie. La carrera del espectáculo genera monstruos en los márgenes, todo el terrorismo de lo durmiente. Después nos asombramos de que algunos jóvenes enloquezcan y se hagan repentinamente violentos. Tenemos dos pies, dos manos, dos hemisferios cerebrales. Imitando a algunos seres raros, tal vez deberíamos mantener un pie en un lado, el del estruendo, y un pie en otro, el silencio. ¿No aumentaría así nuestra percepción, nuestra piedad, incluso nuestra fortaleza? Aunque la escena no fuera dudosa, y casi siempre lo es, mantener siempre un pie fuera de la escena.

X

Protegidos por el número, el tam-tam tribal hace a los jóvenes sordos a la minoría que representa el profesor, el tema del día, la lección (casi siempre "aburrida", comparada con la diversión que se ha vuelto obligatoria), los seres humanos complejos. No es extraña la dureza, la ironía, el blindaje de algunos profesores en las aulas. Los pantalones caídos, enseñan la marca de ropa interior. No estoy seguro de que la moda sea necesariamente "antiestética". Algunos parecen estar graciosos con ese atuendo, con la misma naturalidad incluso con la que otros podemos llevar corbata. Lo que preocupa es el símbolo, que sugiere dos comentarios. *Uno*, ¿queda todavía algo *interior*? Lo digo porque todo, hasta los glúteos, parece que deben "salir del armario", exhibirse, ponerse en circulación como una pantalla. Nuestro imperativo categórico de transparencia parece que prohíbe que haya zonas de sombra. ¿De ahí viene, en otros ámbitos, esta manía de la depilación total? Todo a la vista en los humanos *definidos* como pantallas. ¡Lo que deben sufrir los que aún no han conseguido eliminar su alma!

XI

Dos, no es que los jóvenes lleven el pantalón caído. Es que, como se demuestra en cada acto "cultural" masivo (también en una inolvidable escena de la parada en el viaje de vuelta), tienen todo *caído*. Por eso las caminatas urbanas y las horas libres eran agotadoras, con los chicos a cámara lenta y desperdigados "a su bola", excepto en aquella vertiginosa travesía romana guiada por la flor-bandera de Teresa, Mayte y Fuensanta, a uña de caballo porque el barco no esperaba. Compromiso, memoria, seriedad, respeto, educación, cultura: todo caído salvo la autoestima, el egoísmo, las ganas de divertirse. En principio, completamente indolentes ante cualquier *No Celebration*. Tal indolencia se debe a que la *coberturasocial* que les sigue (padres, tutores, pandilla, móvil) es total, con lo que tienen la seguridad de que su desgana nunca les pasará factura. Y así es, en general. Cuando ocurre algo es impactante, lo cual es otro aspecto de nuestro trastorno bipolar. De cualquier modo, la sobreprotección que ejercemos los mayores es la cara externa de un déficit patético en lo que antes se llamaba autoridad moral. Los padres se sienten fascinados (y tal vez asustados) por las mismas cosas que sus hijos, y eso les hace inferiores. Infantilización de los mayores, madurez precoz de los pequeños: esta es nuestra clase media.

XII

La presencia obligada, el control perpetuo de asistencia que impone esta sociedad hipocondríaca, fuerza la ausencia psíquica, las pellas mentales, este aspecto tan encantador de zombis que a veces tienen nuestros muchachos. ¿Que la juventud siempre ha sido así, que *tiene* que ser así? Vale, adelante. La verdad es que, a la vuelta, el aspecto cómico de los chicos durmiendo en el autobús con lasitud felina, agotados y en posturas inverosímiles, parece que redimía esa fiereza hacia alguna dulzura. Es cierto, ni los chicos saben todo del viaje de los mayores, ni estos del de los jóvenes. Tal vez, esas horas de discoteca juvenil amparada por la hora nocturna, la declinación de la vigilancia y la inclinación del barco, que facilitaba el roce entre andaluces y madrileños. Tampoco hay testigos de aquella coreografía nocturna de los profesores en cubierta, convertidos en niños por la fuerza juguetona del viento. Por no hablar de aquel “inolvidable” baile de disfraces donde casi ganamos un premio. Las tres damas, guiando el baile, estaban radiantes. Nosotros, en fin, estábamos allí.